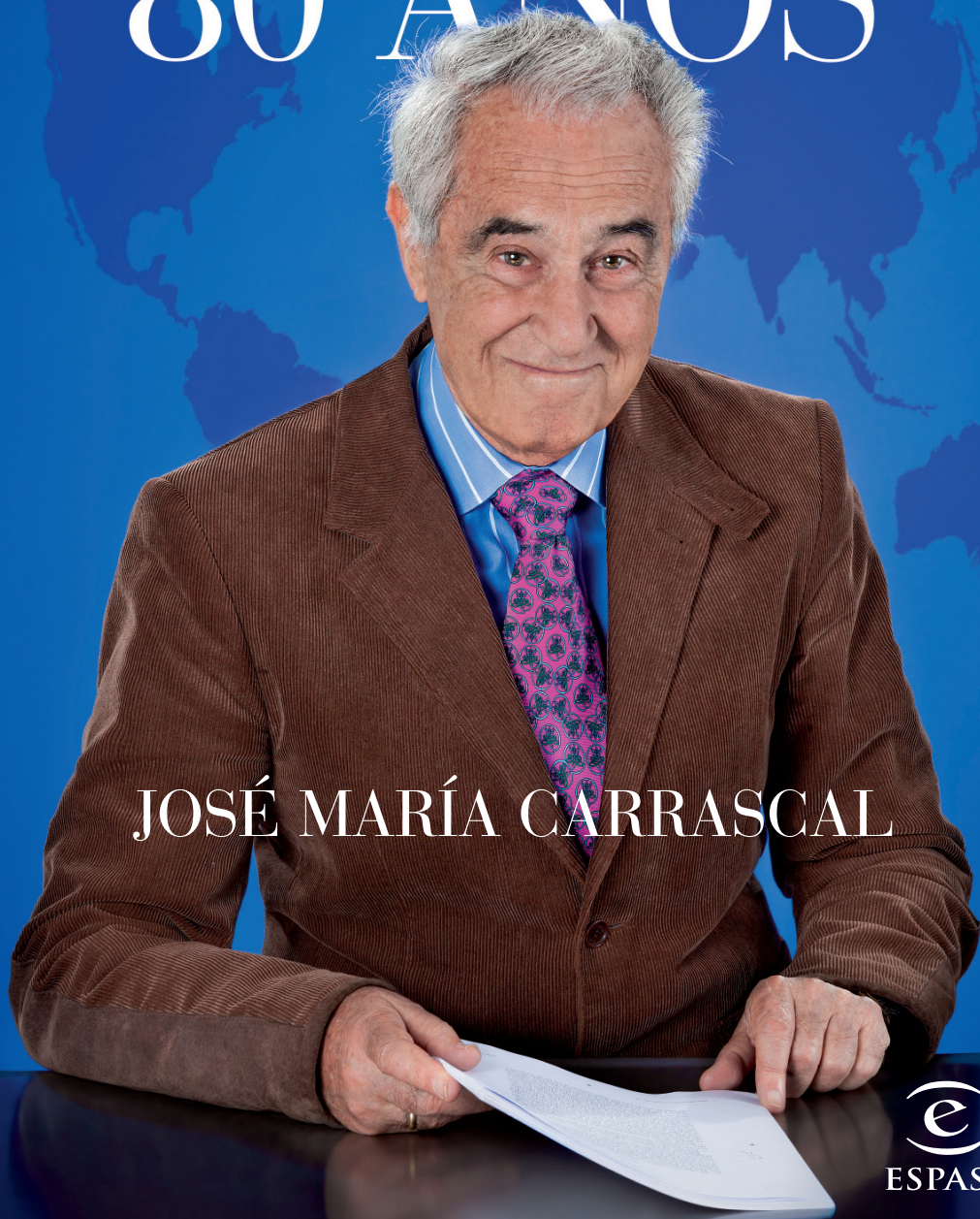


El
MUNDO
visto a los
80 AÑOS



JOSÉ MARÍA CARRASCAL

El
MUNDO
visto a los
80 AÑOS

JOSÉ MARÍA CARRASCAL

© José María Carrascal, 2014
© Espasa Libros, S. L. U., 2014

Fotografía de cubierta: Nines Mínguez
Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez

Depósito legal: 978-84-670-4203-0
ISBN: B.16.378-2014

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradece cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
28034 Barcelona
www.espasa.es
www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

Las edades de la vida	9
Incertidumbre. El más allá, más acá	14
Globalización	24
Juventud	28
La muerte	34
La vida	40
Previsión	47
Liberación femenina	52
Épocas	58
Dos decisiones	61
El tiempo	65
Ciencia	70
Dios	80
Libros	89
Artes	93
Liderato... y cuidado con «nunca»	101
Informática	108
Impaciencia	115
Tarjetas de crédito	118
Ecología	122
Navegación espacial	128
Revolución cultural	135
Izquierda-derecha	143

Comunismo	149
Democracia	157
Europa y África	164
Estados Unidos	174
Alemania	183
Inglaterra	191
Italia	196
Rusia	202
China e India	207
Israel	214
Árabes	221
Naciones Unidas	227
Neonacionalismos	232
Fútbol	238
Terrorismo	243
Emigración, inmigración	246
Crisis	251
Corrupción	256
Amor y felicidad	264
España	269

LAS EDADES DE LA VIDA

He pedido prestado el título del libro a don Santiago Ramón y Cajal por no haber encontrado otro mejor, casi seguro de que aquel hombre sabio y bueno me lo cedería con gusto. La ciencia no es otra cosa que el traspaso de conocimientos entre generaciones en busca del saber absoluto, al que no llegaremos nunca, lo que no es obstáculo para que sigamos buscándolo. Y aunque no pretendo descubrir nada nuevo, tal vez pueda aportar algún dato curioso sobre lo ocurrido durante las últimas ocho décadas.

Hay tres cumpleaños claves en la vida humana: los veinte, los cuarenta y los ochenta. Podría intercalar los sesenta, pero el rapidísimo aumento de las expectativas de vida los ha relativizado, excepto a efectos de jubilación, posponiendo la ancianidad hasta los ochenta años. Estoy hablando, naturalmente, del mundo desarrollado. En el llamado en desarrollo, que debería llamarse sin él, las cosas siguen igual o peor. Pero esa es otra cuestión.

Cumplir veinte años significa convertirse en adulto, dejar atrás la adolescencia con sus sueños, anhelos y frustraciones, e iniciar la ardua, compleja, fascinante tarea de convertirnos en nosotros mismos. Libres, independientes, solitarios. Algunos, lo consiguen, otros, no. Que abunden los individuos frustrados advierte que la tarea no es fácil.

Los cuarenta significan el vuelco. «La mitad de la vida», según Dante. Se deja atrás la aventura de crear nuestra personalidad y de comernos el mundo, para llegar a un compromiso con él. De ajustar los sueños a las realidades, las ilusiones, a las conveniencias. Atrás quedan la primavera y el verano de la existencia, y empieza el otoño, estación de recoger los frutos de lo sembrado. Aunque cada vez son más los que lo toman como oportunidad para un nuevo comienzo, de desprenderse de lo hecho hasta entonces que no nos satisface, e iniciar una travesía distinta, ya en el plano personal, con un nuevo compañero o compañera, ya en el profesional, con una actividad más de acuerdo con nuestros gustos. Si se encuentra, naturalmente, pues en las circunstancias actuales, con conservar la que se tiene es para darse con un canto en los dientes. Pero estoy hablando de circunstancias normales. No de crisis. Y la tendencia que venía acusándose era dar ese giro a los cuarenta años. En realidad, volver a los veinte. Unos aciertan. Otros, no. Como en todo.

Saltándonos, como queda dicho, los sesenta, que hasta hace no mucho era el comienzo de la vejez y hoy es el comienzo de la jubilación con sus infinitas variedades, desde la mejora de la calidad de vida a su empeoramiento según la salud, economía y carácter de cada uno, la ancianidad comienza a los ochenta años y se caracteriza por dos rasgos principales: la desconexión con la sociedad circundante —«Este ya no es mi mundo» es la frase más común entre los octogenarios— y la dependencia cada vez mayor del estado de salud, pues pese a todos los avances de la medicina, el organismo humano llega «gastado» a esa edad, como un coche con más de doscientos mil kilómetros en el tacómetro. Claro que, como en un coche, dependerá de la marca y de cómo se le ha cuidado. Pero los doscientos mil kilómetros no se los quita nadie de encima.

Es también el momento en que comenzamos lo que los norteamericanos llaman *our way out*, nuestro camino de salida. Tenemos infinitamente más pasado que futuro. En reali-

dad, nuestro futuro es no tenerlo, ya que la única cosa cierta e inexcusable es la muerte, que se aproxima. En cada aniversario, no cumplimos un año más. Cumplimos un año menos.

Eso, que de entrada es amenazador, tiene, como todo, un lado bueno siempre que sepamos aprovecharlo, lo que dependerá de la actitud que se adopte. Si se goza de cada día, de cada hora, de cada minuto con un deleite desconocido en la juventud e incluso madurez, en las que se malgasta lo más precioso que tenemos, el tiempo, o si nos quejamos de todo, unas veces con razón, otras, sin ella. En cualquier caso, a partir de los ochenta somos mucho más concientes de que el día, la hora, el minuto que se va no volverá, lo que impone y en cierto modo asusta, aunque también anima a sacarle el máximo provecho posible.

Varía no solo nuestra posición en el mundo —ya no somos protagonistas, sino más bien espectadores—, como nuestra perspectiva del mismo. ¿Y qué perspectiva es esa? Depende, como queda dicho, del temperamento de cada uno. No reacciona lo mismo el optimista que el pesimista, el reflexivo que el impulsivo, el creyente que el agnóstico, el avaro que el generoso. Pero hay unos rasgos comunes en esa edad, que empiezan por dos contrapuestos, aunque solo en apariencia: el primero es el escepticismo. Se ha visto tanto, se han vivido tamaños desengaños, cambios, sorpresas, que ya pocas cosas nos asombran. Empezando por seguir cometiendo los mismos errores y tropezando en la misma piedra. Esa actitud del *deja-vu* es característica de esa edad y sirve de colchón ante las malas noticias, que no cesan de venir.

Pero al mismo tiempo, crece la indignación ante el hecho de no poder hacer nada contra ello. Se habla mucho de la rebeldía de los jóvenes, pero la de los ancianos es tanta o mayor, aunque mucho más sorda. De ahí les viene, nos viene, a los viejos, la fama de regruñones y, curiosamente, una cierta afinidad con los jóvenes, contestatarios por naturaleza, al querer abrirse paso en la vida, tropezando con sus padres. Contra

esa generación intermedia arremeten el hijo y el abuelo, y no es casualidad que el líder del movimiento de «indignados» haya sido un escritor de más de noventa años. El que viejos y jóvenes tengan muy poco poder en la sociedad, regida por personas en la edad intermedia, provoca tan dispar connivencia. Es, en fin, la frustración la que los mueve. Lo que no impide que uno de los deportes favoritos de los viejos sea echar pestes de los jóvenes, y el de los jóvenes, hablar mal de los viejos.

Estoy, como habrán visto, describiendo las edades de la vida a brocha gorda, pero es la única forma de abordar estos temas. De detenerse uno en los detalles, se perdería pronto. Lo que sigue es la visión del mundo del autor, ya en su *way out*, aunque espero tener tiempo de acabar el empeño. No pretende ser un testamento ni, menos, unas memorias, a lo que soy refractario por considerarlas el cenit del narcisismo. Tómelo el lector como las reflexiones de alguien que ha vivido por lo menos tres etapas históricas muy distintas: el Viejo Régimen —que en la Galicia de hace setenta años mantenía rasgos medievales—, la edad moderna —que en la Alemania y los Estados Unidos de la posguerra produjo el mayor salto científico y económico de la historia— y la posmodernidad —con la globalización y la gran crisis actual—, que han traído, sencillamente, una nueva era, por más que nos resistamos a reconocerlo, debido a las comodidades a las que nos obliga a renunciar. Muchas de las ideas son de otros, pero me han parecido interesantes y características de una etapa que empieza a ser pasado, por lo que las he incluido. Con la debida mención del autor, naturalmente.

En realidad, se trata de un recuento de los errores, falsos cálculos y decepciones tanto míos como de mis coetáneos. Dudo que sirvan de algo, pues está demostrado que nadie aprende en cabeza ajena y, a menudo, ni en la propia. Pero tengo la esperanza de que resulte entretenido, ya que si los éxitos no enseñan nada —al revés, predisponen al tropiezo—,

los fracasos pueden enseñar algo si se extrae su lección, o, al menos, resultar amenos, siempre que sean de los demás.

Una última observación: notarán que hablo siempre o casi siempre de «hombres» en vez de recurrir al políticamente correcto «hombres y mujeres» o el grandilocuente «género humano». No se trata de un lapsus machista ni, en el otro extremo, de creer que las mujeres no caen en los errores, falsos cálculos y decepciones que se describen a continuación, sino de algo mucho más sencillo: tratándose de las experiencias de un hombre, me pareció hartamente aventurado suponer a nuestras compañeras de especie las mismas vivencias y puntos de vista. Pero se trata, más que nada, de una cuestión gramatical debido a lo proclive que es nuestra lengua al masculino, aunque estoy convencido de que hombres y mujeres nos pareceremos cada vez más, sin que lleguemos, afortunadamente, a ser iguales del todo. Si ese «afortunadamente» ha molestado a alguien, adelanto mis excusas.

INCERTIDUMBRE. EL MÁS ALLÁ, MÁS ACÁ

Me han preguntado más de una vez cuál era el acontecimiento más importante que he vivido. Y me han puesto en un apuro. Han sido tantos y tan espectaculares que dependerá de las tendencias, de los gustos, incluso del estado de ánimo el elegir entre la llegada a la Luna, los trasplantes de órganos, la revolución informática, la liberación femenina, el ascenso de China a primera división mundial, la caída de Europa a segunda, o el haber conseguido desintegrar el átomo, pese a su nombre original, «indivisible», elemento primario de todos los cuerpos según Demócrito.

Esta última fue mi primera opción. A fin de cuentas, estábamos en la era atómica, y el siglo XX había empezado con la Física alborotada. Ortega, que no sabía nada de esa disciplina, pero cuyo fino olfato le permitía percibir cuanto se movía alrededor, le dedicó un artículo con el periodístico titular de «Bronca en la Física», que todavía dura. Había empezado a estudiarse el mundo subatómico y resultaba difícil encajarlo en el de los objetos materiales. Fue como surgieron la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, de la mano de Einstein y Plank, frente a las de Copérnico y Newton. Pero sería Heisenberg quien formularía el principio que iba a regir el nuevo campo, aunque regir no es la palabra más adecuada,

pues traducido al lenguaje de los legos, dicho principio viene a decir que si en el mundo que vemos, olemos y palpamos es posible predecir el lugar donde se halla cada cuerpo en cada momento, dentro del átomo es imposible determinar la situación de cada partícula. De ahí que se le conozca como el Principio de Indeterminación o de Incertidumbre.

Lo malo es que la incertidumbre no ha hecho otra cosa desde entonces que extenderse por todos los ámbitos de la actividad humana, derribando venerables estructuras, barriendo supuestos arraigados, acabando con certezas milenarias y dejándonos a la intemperie en los más diversos terrenos. No son solo los fundamentos de la física clásica los que están en entredicho. Es también el gobierno de las naciones, acabados los totalitarismos, sin que la democracia acabe de afianzarse. La economía no hay quien la entienda, pues si el intervencionismo estatal no genera riqueza, el mercado produce crisis inmanejables. Las ciencias sociales ya no son ni ciencias ni sociales. La misma medicina, donde se han hecho avances que en otros tiempos se considerarían milagros, se encuentra con enfermedades desconocidas, aparte de haber topado con el límite que la muerte impone a todo ser vivo. En cuanto a la política, ¡Dios mío, la política, manejada por una panda de fatuos ignorantes, encallados en ideologías trasnochadas, cuyo horizonte se confina al interés personal o, todo lo más, al del partido en que militan, atraviesa uno de los periodos de mayor desprestigio de la historia! Ninguno de sus protagonistas se ha dado cuenta de que estamos en otra era que poco o nada tiene que ver con la anterior, y siguen hablando y actuando como sus predecesores. Aunque hay que reconocer que los demás, el llamado «pueblo», hacemos lo mismo.

Pese a ello nos movemos con una audacia que produce vértigo. La informática, fundada precisamente en las subpartículas atómicas, domina hoy desde los móviles a las tarjetas de crédito, desde los supermercados a las gasolineras, desde la radioterapia a la Fórmula 1. Si un día esos electrones decidie-

ran rebelarse o simplemente alcanzaran tal saturación que fuera imposible manejarlos, el mundo entero se paralizaría. Mejor dicho, se convertiría en un caos. Es por lo que los científicos de vanguardia nos advierten que el gran problema de nuestro tiempo es el del caos. Para resolverlo, se concentran en el tiempo, no el del reloj, sino el meteorológico, que nos trae sol y lluvias, sequías e inundaciones, inviernos polares y veranos tórridos. Han avanzado bastante en su predicción, pero hasta la completa certeza les queda mucho camino, al estar envueltas demasiadas variables. E imagínense ustedes cuando se pongan a buscar las normas de las infinitas variaciones del comportamiento humano, de los flujos del capital o de las interacciones tanto de los países como de las ideas. ¿Llegaremos algún día a meter todo eso en una ecuación matemática, a embridar el caos que nos rodea? Yo, desde luego, estoy seguro de morirme sin verlo, lo que no sé si es una suerte o una desgracia, pues eso de que todo esté regulado y sepamos qué va a ocurrir debe de ser bastante aburrido.

De momento, estamos en pleno dominio de la incertidumbre, que se extiende como una marea negra por todos los ámbitos de la vida y continentes. El mundo se hace cada vez más versátil, más inestable, más impredecible, y los individuos empiezan a actuar como partículas subatómicas, fuera de toda norma, rechazando delegar su soberanía en otros, diputados o partidos. Quieren ser él, o ella, exigen que se les oiga, que se les escuche. El resultado es una cacofonía de voces que se contradicen, pero el caso es hacerse oír, como en una tertulia de radio o televisión. La sociedad se está desintegrando en sus elementos primarios, como el átomo en sus partículas. El resultado es un protagonismo creciente del individuo, una carrera para que cada cual tenga, por lo menos, un cuarto de hora de fama, como pedía Woody Allen, que puede reducirse a un minuto en televisión. O, a falta de eso, a un *selfie*, a una autofoto que se distribuye luego por las redes sociales.

Lo curioso es que coincide con el movimiento contrario: la globalización. Mientras los individuos se alejan cada vez más, el mundo se hace cada vez más denso, más compacto, más interconectado. Lo que ocurre en una esquina del planeta repercute inmediatamente en la otra. Somos cada vez más diferentes y más iguales. Nada de extraño que andemos tan confusos, tan desorientados, tan perplejos, y que los problemas, en vez de solucionarse, se compliquen. Adónde va a llevarnos nadie lo sabe, pero esta tendencia no puede prolongarse indefinidamente porque el caos pudo ser el principio del universo que conocemos, pero no puede ser su fin, a no ser que pertenezcamos a esa secta más que escuela que son los apocalípticos.

Ya el propio Einstein se rebeló contra ello con la famosa frase «Dios no juega a los dados», y le hizo dedicar los últimos años de su vida a la búsqueda de la «ley general del universo» que rige cuanto existe. Sin encontrarla, tal vez por exceder el cerebro humano. A mí, mucho más modesto, me ha hecho dirigir la vista hacia otro cambio, menos aireado pero puede que el más característico de cuantos he visto a lo largo de mis ochenta y tantos años: el desinterés creciente por la otra vida, la de ultratumba, que veníamos considerando eterna. ¡Ese sí que es un cambio crucial que está alterando profundamente nuestra vida terrenal y efímera!

Cuándo empezó el hombre a ser auténtico hombre es un tema controvertido. El paso de los primates superiores al *homo sapiens* no fue tan claro como sugirió Darwin. Hay una larga etapa intermedia en la que diversos homínidos —el *homo habilis*, el *homo erectus*, los neandertales, los denisovanos— conviven, aunque en aquellos tiempos convivir se reducía a la más elemental «lucha por la vida», que incluía el canibalismo. El último descubrimiento en los huesos de la sima de Atapuerca plantea incluso otra incógnita: aparecen en ellos restos de genes de denisovanos, localizados en Siberia, a 7000 kilómetros de Burgos. ¿Cómo han llegado allí? Mientras no

dispongamos de una explicación científica, propongo una mucho más simple: que las distintas ramas de homínidos, aparte de comerse, se mezclaron entre sí de vez en cuando, lo que, por otra parte, explicaría ese algo de neandertal que queda en nosotros. Cuánto, nos lo dirá el resultado de los análisis genéticos que se están haciendo de esos huesos con cientos de miles de años encima.

Sobre cuándo empezó el hombre a creer en otra vida nos quedan, en cambio, restos más concretos. Desde luego, aquellas cuadrillas que bajaron de los árboles en el África Central para aventurarse Nilo arriba en busca de mejores condiciones de vida, hasta separarse en la desembocadura del río, unos hacia Asia, otros hacia Europa por el norte de África (curiosamente, como hoy lo hacen los subsaharianos), no parecían movidas por otro impulso que el de supervivencia. Habrá que esperar a que empiecen a enterrar a sus muertos, levantar monumentos megalíticos, dibujar en las cuevas los animales que cazaban y tallar figuras de fecundidad, para atribuirles la idea de que existen otra vida y otras fuerzas que las de la naturaleza, aunque puedan confundirse con ella. Que el Sol figurase entre los primeros dioses de muchos pueblos era casi obligado: el astro rey no solo representaba el fin de una noche oscura, llena de peligros, sino también una fuente de calor, de vida y de frutos. Especulando hasta el límite, pudo también ser el origen de la reflexión, del razonamiento: ante un mundo cruel, en el que se sucedían tragedias y catástrofes sin sentido, nuestros más remotos antecesores tenían que buscarle como contrapeso la existencia de otra vida mucho más ordenada y justa. O sea, que estaríamos ante el origen de las religiones, al dar sentido a esta vida con la esperanza de otra donde se corrijan los defectos de esta. Fue lo que vino orientado el discurrir de la humanidad desde entonces, con la vida eterna, la verdadera, como último fin, mientras la terrenal discurre por «un valle de lágrimas», con el único consuelo de ser efímera, perecedera, y con el premio posterior de otra, eterna y gozosa.

La calma chicha que produjo tal actitud y razonamiento se extendió durante siglos, e incluso eras, para comenzar a agitarse a medida que la razón desplazaba a la revelación y se convertía en el mayor músculo del hombre, El «pienso, luego existo» cartesiano significó el nuevo faro que en adelante iluminaría la aventura humana, llevándola a horizontes cada vez más vastos. Pero ni siquiera su descubridor fue capaz de desprenderse del todo de la fe religiosa anterior y, para agradecer su descubrimiento, emprendió un peregrinaje a la Virgen de Loreto.

La grieta en el viejo orden de la vida, sin embargo, no hace más que ensancharse, y, con la Ilustración, el hombre se cree capaz de sustituirlo por un orden nuevo, de crear nuevas normas de comportamiento al margen de las religiosas que rijan tanto la conducta individual como la colectiva. Puesto a crear esas nuevas tablas de la ley, a la mente más poderosa de la Ilustración, la de Emmanuel Kant, se le ocurre la de «haz que tu comportamiento tenga validez universal». Es decir, obra como si lo que haces desearías que lo hiciesen los demás contigo. Que no es otra cosa que la versión laica del precepto cristiano «amarás al prójimo como a ti mismo» y principios semejantes taoístas y confucionistas.

La Revolución francesa laiciza ya todo, incluidas las estaciones del año, y el *Manifiesto comunista* no es otra cosa que la proclamación del Estado perfecto, de la utopía hecha realidad. Usa incluso los mismos términos. El cielo se convierte en el «paraíso de los trabajadores»; el partido, en los ángeles guardianes del orden en el mismo, y los ciudadanos, en los bienaventurados felices, no en una nube, sino en una fábrica o *koljoz* por toda la eternidad, reducida a los años en este mundo.

En qué devino aquello me ahorro de explicarlo porque lo hemos visto. El paraíso de los trabajadores se convirtió en campo de concentración y el único país comunista con éxito es China, gracias a haber adoptado el sistema capitalista en su economía. Quedan un par de ejemplos, Corea del Norte y

Cuba, pero gracias al control que ejercen sobre sus ciudadanos, y más como anacronismos que como ejemplos a seguir. La utopía no parece ser de este mundo excepto en la mente del hombre.

Tal vez por eso la creencia en el más allá persiste, en unos por fe, en otros por hábito, en los más «por si acaso» e incluso en algunos por desesperación: «Si un día llegase a pensar que no voy a encontrarme con todos los seres queridos, no lo resistiría», me dijo un amigo, ya muerto, que espero esté gozando con los suyos.

Esto no impide que cada vez sean más los que viven como si esta fuera la única vida que tenemos, por lo que conviene gozarla a tope. El ejemplo más rústico que tenemos es ese afán de universalizar las fiestas típicas de un lugar específico. Los «encierros» de Pamplona se han convertido en parte indispensable de todas las fiestas patronales españolas y empiezan a verse incluso en algunas ciudades del sur de Estados Unidos. Como la «tomatina» de Buñol, que, bajo el nombre de «*Tomato Royal*», tiene su réplica, a tomatazo limpio, en el Georgia International Horse Park, próximo a Atlanta. O la maratón de Nueva York, que pronto la correrán hasta los esquimales, aunque sea en trineo. El caso es divertirse, no importa la causa, el modo o la razón. Hay quien lo remonta a Nietzsche con su exaltada proclamación de la vida, de esta vida, por su potencia, creatividad, actividad y rechazo de las religiones. Su «Dios ha muerto» se ha convertido en nuestros días en «aprovéchate, que todo se acaba aquí».

El vuelco que eso significa es copernicano, al influir no solo en el pensamiento, sino también en el comportamiento. Si no existe el más allá, si no hay otra vida, no habrá premio ni castigo a cuanto hagamos en esta. El único castigo solo puede venir de la justicia humana, más o menos esquivable, según el poder y la influencia que se tenga.

La consecuencia más dañina de tal actitud es la corrupción, auténtica lacra de las sociedades modernas. Mientras el

fruto más banal es la «sociedad de consumo», que nos lleva a adquirir lo que no necesitamos y, a veces, ni siquiera llegamos a estrenar, como ocurre con algunas prendas en nuestros armarios. Hago un inciso para decir que creo en el progreso. Creo en él por haberlo visto. Entre el mundo de mi infancia —el brasero por toda calefacción, radio y teléfono solo en las casas de los ricos, la película dominical como único entretenimiento— y el mundo actual hay un salto casi cuántico en comodidad de vida.

La cosa se agrava cuando la sociedad de consumo se convierte en «sociedad opulenta», estudiada por Galbraith, que nos obliga a cambiar de coche cada poco, a poseer una segunda vivienda en la costa o montaña, a viajar a lugares lejanos donde no se nos ha perdido nada, a mantener un estándar de vida cada vez más alto, que tensa nuestras finanzas y se convierte en bomba de relojería para nuestros bolsillos.

Pero el auténtico peligro llega cuando el común de la población empieza a recorrer ese camino bajo lo que ya es el gran mito del mundo posmoderno: el Estado de bienestar, otra utopía, otro intento de construir el paraíso en la Tierra, pero ya bajo el patrocinio del capitalismo y el libre mercado, no del comunismo y la economía estatizada. O sea, desde el otro extremo del espectro político.

En un principio, el experimento funcionó, ya que la democracia y el libre mercado tienen muchos más recursos y están más pegados al suelo que sus contrincantes ideológicos. Pero a la larga estaba también condenado a fracasar, pues el objetivo del mercado es obtener ganancias, no crear un paraíso. Lo que obliga al Estado a pagar la factura no solo de la salud, educación, vivienda, puesto de trabajo (o prestación de paro en su defecto), jubilación, sino también de los viajes, de las vacaciones, de las curas en balnearios y de cuanto cabe en ese enorme cajón de sastre llamado «cultura», donde entran desde verbenas populares hasta los premios literarios, pasando por acontecimientos deportivos y festivales de música. El Estado

de bienestar ha devenido en Estado providencia, fíjense en la palabra y sus connotaciones teológicas, y tendrán que también el capitalismo ha traído el paraíso a la Tierra sin necesidad de Dios. Nada de extraño que buena parte de las naciones occidentales estén hoy casi tan en bancarrota como las excomunistas.

Las más avanzadas de ellas, sin embargo, han reaccionado, corrigiendo los excesos de tal Estado para mantenerlo viable. Hoy es más fácil despedir a un empleado en Suecia que en España. Aunque allí es mucho fácil y aquí mucho más difícil encontrar empleo. Algo parecido ocurre en Alemania, donde los contratos de aprendizaje y la flexibilidad laboral han introducido normas en horarios, vacaciones, turnos y salarios que permiten a las empresas adaptarse a las circunstancias del mercado, y a los trabajadores, mantener su puesto, eso sí, con reajustes, en vez de irse a la calle. La prueba más contundente son los Estados Unidos, que siguen resistiéndose a adoptar el modelo europeo del Estado beneficencia, lo que les ha permitido crecer por encima del 3 por ciento anual, llegar a un mínimo de paro en lo que va de siglo y emerger de la peor crisis económica desde la del 29, pese a haber sido los iniciadores de la misma.

En cualquier caso, ese empeño del hombre moderno de tener el paraíso en la Tierra conlleva importantes riesgos. El primero de ellos, el ya citado: si todo se acaba aquí, si no hay juicio posterior, ni premio, ni castigo más allá, cuanto hagamos será legítimo. Lo que nos devuelve de golpe y porrazo a la ley de la selva. La consecuencia más inmediata ha sido la ruptura de la confianza, base de toda sociedad estable y próspera. Hubo un tiempo en que bastaba la palabra dada para que se cerrase cualquier trato. Hoy ni siquiera la firma lo garantiza. La desconfianza es el signo de nuestra época. No se confía en nada ni en nadie. Haber visto a los banqueros más respetados timar a quienes les confiaban su dinero como si fueran vulgares Madoff ha supuesto un golpe mortal para la

estabilidad que debe presidir los Estados de derecho. Que las promesas electorales están hechas para no ser cumplidas lo ha reconocido abiertamente algún político y lo han practicado todos. Pero que la desconfianza alcance a la justicia, último baluarte de dicho Estado, hace que este se tambalee y lo devuelva a su esquema darwinista de la «lucha por la vida».

Si desaparece la religión, tiene que instituirse una ética que la reemplace. Si el Juicio Final resulta ser una fábula, tenemos que procurar que los juicios de nuestros juzgados y audiencias sean todo lo rigurosos y ecuanímenes posible. En otro caso, vamos de cabeza al «todos contra todos» y al «yo arrampo con lo que puedo, y el que venga detrás que arree». De golpe y porrazo, habríamos retrocedido cientos de miles, tal vez millones de años.

Y algo así parece que está ocurriendo con el florecimiento de la corrupción, a la que dedicaré, como se merece, un capítulo específico, pero adelanto que no consiste solo en llevarse el dinero público, sino también en lograr un contrato a través de conexiones, en que los méritos políticos valgan más que los profesionales, en que las recomendaciones decidan las decisiones gubernamentales.

Con la corrupción no puede haber ningún tipo de tolerancia. Y si se convierte en sistémica, es decir, si se instala en la forma de vida de un país, sea por la compra-venta de favores de servicios públicos, sea por dar preferencias políticas, sea por conexiones familiares, ese país está condenado a hundirse. Irremisiblemente. Se trata de lo que en otros tiempos se llamaba simonía —la venta por dinero de bienes espirituales—, uno de los mayores pecados. Si las religiones no podían tolerarlo, so pena de degradarse, las sociedades laicas pueden permitir-se lo aún menos, al no contar ya con el juicio de ultratumba. Pero ahí está la corrupción, acechándonos tras desaparecer este. A los españoles más que a nadie, al no tener sociedad civil ni ética secular que las sustituya.